

LEOPOLDO DE LUIS:

Historia Natural

Historia Natural*

La hermosura queda. QUÉ SIMBÓLICO RESULTA ESTE VERSO para cerrar el libro de Jorge Guillén. Es el último verso que leemos. Hemos leído sesenta poemas —extraídos unos de *Cántico*, de *Clamor* otros, inéditos casi todos los de la segunda mitad—; hemos recordado, renovado, hallado. Volvemos la última hoja. La hermosura queda. La perfección, el equilibrio, el adjetivo revelador, el exaltado mundo vivo: la hermosura de las cosas y su esencialidad poética.

Nos ofrece Guillén en esta antología de natural historia: plantas, animales, paisaje, tres paráfrasis magistrales de una prosa de *Le Stagoni en Una città*, de Romano Bilenchi. Es una virtuosa demostración de síntesis poética. Como si dijéramos, aquella escala de retratos que Picasso dibujó a una muchacha. La primera versión en endecasílabos blancos, es deliciosa, sensual, rica. Unos caballos se aproximan a una fuente, entre las mujeres que lavan; los caballos abreven y se van. Acto seguido el paisaje discurre en romance octosílabo: perdemos lujo, ganamos esencialidad. En la siguiente página, el poeta se nos presenta vestido de él mismo, dándonos una síntesis en la cual la esencia poética está embutida a presión por la fina cápsula del hexasílabo. De repente, se ha eliminado la anécdota, ya no importa. Como si no hubiera habido nunca

* Jorge Guillén, *Historia Natural*. Colección Juan Ruiz, vol. V. Las ediciones de los PAPELES DE SON ARMADANS. Madrid-Palma de Mallorca, 1960.

fuelle, ni caballos, ni agua, ni lavanderas, y todo fuera una nueva creación de motivos poéticos. El tríptico va de Italia a Castilla, como el *Beatus ille* pasó de Roma a la Salamanca frayluisiana.

Dijérase que Guillén ha querido dar mediante estas paráfrasis un ejemplo de lo que hace en su obra toda con la realidad. La toma no para copiarla, sino para trasmutarla en algo nuevo, recién nacido a través de su clarísimo cristal poético. Las cosas, se nos aparecen así en su esquema más puro, en su perfil más exacto, despojadas de todo lo que no sea su propia elementalidad trascendida a poesía.

Nada caprichosa esta antología temática del quehacer guilleniano: el mundo físico está presente a lo largo de toda su obra y él ha ido siempre nombrando, señalando en una exaltación que tiene mucho de descubrimiento. Guillén hace solidarias las cosas con su ambiente, pone en armonía el mundo de lo real. Lo discrepante halla aquí su sosiego, el grito su acorde, porque —ya recordáis— «el mundo está bien hecho», las cosas son «maravillas concretas» y el poeta las toma con vocación de cántico. Leí a Robert Curtius que si toda poesía es, como en la clasificación aristotélica, vituperio o alabanza, frente a la frecuentísima literatura de cargo en la época moderna, la obra de Guillén es, como pocas, un canto de alabanza.

Todos sabemos que esto es exacto, y en estas páginas nos damos de nuevo, gozosamente, con las recreadas exaltaciones de *El ruisenor*, *Paraíso regado*, *La rosa*, como pudiéramos darnos con otras: tal aquella de *Clara noticia*, o la del vaso de agua, por ejemplo.

Ya se ha señalado como una creación guilleniana esa atmósfera, ese aire envolvente de sus paisajes. El propio poeta dijo que «el aire no es humano, el aire es el cielo» y así se siente en su poema *Lo más grande*. Esa misma «blancura del vacío», viene sostenida por una gaviota en un poema nuevo, perteneciente a la parte de *Clamor* en preparación, y esa creada atmósfera se percibe entre los olivos de un poema —*Al borde*— destinado a otro título que también se anuncia: *Homenaje*.

El vitalismo inherente a la poesía de Jorge Guillén se nos confirma a cada paso en la producción que nos era desconocida. Está en esa breve muestra de diez versos, en el último de los cuales la sección de la polilla —un pequeño protagonista de la historia natural— es «la invasión de la vida que adoro».

Lo descriptivo de ambientes castellanos con su escuetismo peculiar, tiene también continuación —véase la décima *Penuria*— entre los nuevos poemas, y precisamente en una estrofa prestigiada por nuestro poeta.

La mayor novedad de *Historia Natural*, volumen, más que de novedades, de curiosidad bibliográfica y de gusto por la siempre interesante frecuentación de la obra del maestro, es, a mi juicio y con las paráfrasis de *La fuente* que empecé comentando, el poema *Una exposición*. La visión precisa y esencial de las cosas, la exaltación y el canto del universo, ceden un poco la vez —y la voz— a las meditaciones. Comenzamos por comprobar un hecho significativo: este poema puede contarse, lo que no acontece con los otros de Guillén. ¿A quién se le puede ocurrir ponerse a explicar lo que se dice en *Beato sillón*, en *Advenimiento*, en *Los amantes*,

en cualquier otro poema de los más famosos de *Cántico*? Pertenecen a esas piezas, por su hálito poético, irreductibles a narración. (Se me dirá que toda poesía es *incontable*, lo que resulta parcialmente cierto: su centro emocional sí, pero hay poemas con una anécdota o una situación dadas que resultan transmisibles. Tal es el caso de gran parte de la poesía contemporánea y, concretamente, del poema citado de Guillén).

El poeta visita un acuario. Primero describe el torbellino de los peces que *gira, torna, retorna | con una rapidez | que ya es afán perpetuo*. El movimiento incesante va acompañado por el corte de los versos y la enumeración asindética de colores. Es un mundo secreto que un intruso está contemplando. Hasta aquí, todo podría ser clásicamente guilleniano, pero de esos peces, «fábulas submarinas», piensa el espectador, «fabulador tras un cristal», que «cumplen y son destino» y son creación. El poeta siente que la creación le invade y que él mismo es creación. «Yo dependo», dice. *Residente casual de este planeta | casi tan diminuto | como los pececillos | soy creación también*. La vida envuelve todo, forma un orden y en él estamos insertos «desde nuestros orígenes ignotos». Ante este misterio de la existencia, el hombre es ignorante —«como ese pez y el mar»—. El poeta de la diafanidad y del equilibrio, el poeta vital y jubiloso, se ve aquí «atónito ignorante peregrino», con asombro y miedo que van «hacia el divino origen», y siente la zozobra de la duda y un deseo de fe.

LEOPOLDO DE LUIS

Rodón, 12.
Madrid, 20.